

Elena Martínez Chacón

Presencia de León Felipe

«Los grandes poetas no tienen biografía
tienen Destino.

Y el Destino no se narra...

se canta...

Escuchad».

(León Felipe, prólogo al «Canto
a Mí Mismo», de Walt Whitman)



LOS grandes poetas no tienen biografía. León Felipe no tiene biografía. Pero tiene Destino, y podemos hablar algo de ese destino, pues mi voz que no sabe cantar sólo puede contar. Escuchad:

Había una vez en España un pueblo viejo, de tan viejo, pequeño y encogido que tenía un nombre como una llave. O como un conjuro: Tábara. Allí, en esta provincia de Zamora nació en un verano hace ya 63 años, un Poeta, vale decir, un Hombre: León Felipe Camino Galicia. El tomó después sus apellidos, los arrugó y los lanzó al gran papelerero del ol-

vido y así, desnudo de genealogías y abolengos, provisto sólo de su canción, se echó a caminar por el mundo en los senderos del viento.

Su definida vocación de hombre lo hizo multiplicarse en profesiones y caminos. Un día fué vendedor, otro farmacéutico, y muchos días, maestro. Vendía canciones por metros y poemas como drogas. La cátedra lo vió en su altar oficiando un rito de fe en el mañana y también supieron los escenarios de su verso incesante. En Africa ardió su silueta en los largos caminos curvados por el látigo del sol. Hasta las sierras frías de México subió su voz amiga y en España aun resuena su primer grito, esperando el último estertor de su agonía para cerrar un círculo sobre el mundo. Cuba meció sus palabras estrechándole las manos y en New York los ascensores midieron cien veces su estatura. Ahora Chile fué un inmenso oído frente a su canción...

Porque a pesar de que su poesía fué herida en el medio por palabras amargas: guerra, exilio, desilusión, angustia, León Felipe siempre lleva una canción floreciendo en el ojal de su boca. La canción que nuestra mano recoge como una liana fresca para atar una esperanza...

León Felipe es el poeta del Futuro, el poeta del Hombre. Este es siempre el eje que se equilibra eternamente en todos sus poemas, aunque la técnica cambie y cambie la forma. Es el mismo en el contenido optimista que advierte al hombre que cada uno puede realizar el milagro, que cada uno tiene una estrella en el

bolsillos para alumbrar su propio camino. El, Poeta se hace Profeta cuando habla del mundo que un día ha de amanecer sin comercio de angustia, sin la compra-venta despiadada del dolor. Un día amanecerá justo y el hombre será bueno, es decir, será Hombre. Y este hoy, este terrible presente desmoralizado y amargo, habrá quedado atrás en el tiempo, en cualquier recodo del olvido...

Hombre - mañana son el pentagrama desde que el que su melodía salta al mundo. Y está en todos sus poemas, latiendo como sangre de esperanza en regio cauce:

«Marinero,

tú tienes una estrella en el bolsillo

[Drop a star!

Enciende con tu mano la nueva música del mundo
la canción marinera del mañana
el himno venidero de los hombres...

(L. F. «Drop a star»)

No es política. Ni cátedra. Ni doctrina. Es sólo una canción, la más maravillosa canción, la que cantó Cristo entre la incomprensión de su pueblo. La que cantó Don Quijote entre las risas de su pueblo. La que empezó a cantar Walt Whitman entre los oídos sordos de su pueblo. La que viene cantando León Felipe entre todos los pueblos del mundo y a la que Chile se hizo un inmenso oído tenso...

Un poco de su maravillosa palabra vino a dejarnos el poeta en dos conferencias dictadas en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Resumirlas es imposible, porque la poesía no se resume y las dos charlas de este eterno viajero fueron dos poemas de intenso contenido humano. Más que nunca sentimos en ella al Poeta tomar la palabra del Profeta. Porque Poeta y Profeta, con intuición de ojos cerrados, toman al Futuro y lo trabajan al rojo en el yunque cristalino de su palabra...

La primera charla llevaba un título como una red: «¿Quién soy?». La pregunta cae en nuestro tapete como un naipe extraño. Pero él lo baraja y lo extiende y saca de entremedio la respuesta: «Quiero decir quién soy, para que tú digas quién eres». Dime tu nombre y con el mío haremos una canción. Tú y Yo desde el soplo de Dios, iguales. Si yo digo quién soy, tú dices quién eres y hay un columpio de armonía meciendo al mundo. Dame tu nombre. Algún día, mañana, no seremos enemigos... Después nos dice el poeta—por si aun el naipe nos parece ajeno—que «El poeta es una confesión inacabable. Lo anima un incoercible deseo de contar, contarlo todo...» Y el Poeta nos cuenta en confesión que se vuelca en confidencia: «Dentro de mi corazón, un deseo rabioso de saber cómo me llamo...» De ahí en adelante León Felipe parece abstraerse de su público. Se echa a caminar hacia adentro, y se queda pensando lo que viene pensando hace mil años, cuando se retuvo en un recodo del camino y se puso a

pensar... «¿Quién soy Yo?». El viento pasa de largo ante la pregunta anhelante y el hombre solloza su terrible deseo de saber cómo se llama. Tal vez en mil años más el viento se detenga y le regale una respuesta. Ahora tiene en la garganta una rosa estallada en vacilaciones, por eso, sencillamente nos dice lo que ha pasado en tanto tiempo: «Tal vez me llame Job...» Si no ¿de dónde esas llagas que hacen canción de su sangre? Y vuelve a hablar el poeta: «Tal vez me llame Jonás...» Jonás, el profeta que clavó su dedo en el cielo hurgando profecías que no se cumplieron. Dulce ingenuo profeta de las sorpresas, tal vez León Felipe se llame Jonás y su esperanzada profecía de amor la deshaga el egoísmo del hombre y él se quede con los brazos tendidos, en actitud de espera... «O tal vez me llame Walt Whitman... entonces Dios ha de llamarlo a él León, a secas, como a un apóstol preferido, profeta moderno que predica su doctrina de amor entre los rascacielos y poleas... Y León Felipe dice que a veces no sabe si sus frases son de él, de Walt Whitman o de la Biblia, y declara: «No tengo empacho en cambiar las palabras de Walt Whitman o de Jehová»... Y el Poeta y el Redentor se levantan y sonríen en cada esquina de la poesía del español. Los dos que hicieron de sus vidas un himno de dolor y cuyas palabras nacidas de ese sufrimiento enraizan la fe de que un día el hombre encontrará al hombre dentro de sí, y le dará la mano como una flor. Tal vez se llame con el herido nombre del poeta norteamericano-

no nuestro poeta español, a quien prologó en su «*Song of Myself*», confundiendo con él y, a veces, apurándolo.

Y termina León Felipe resumiendo su pensamiento de mil años: «Tal vez, yo sólo soy un hombre con un grito de estopa en la garganta y una gota de asfalto en la retina. Soy un ciego que no sabe cantar... Un grito encendido ardiendo en su garganta, forjando canciones. Un ojo grande con un camino dentro para deslizar los paisajes del mundo. Un ciego lleno de presentimientos que no sabe cantar. Tampoco saben cantar las olas, ni los pájaros, ni sabe cantar el viento...»

La segunda conferencia—y resulta sacrilego llamarla así. Habría que decir: el segundo poema de...—versó sobre «El poeta prometeico», que define León Felipe con estas frases: «El poeta prometeico no es el que elabora pequeñas metáforas, sino el que hace las grandes metáforas sociales, el que escribe no con la pluma sino con la lanza». Y otra vez Don Quijote, que sobre el pergamino de Castilla escribe con su lanza un poema eterno, una metáfora social que contiene todo lo humano... Escribir con la punta de la lanza no es pedir frases agresivas sino poemas nacidos de la sangre, de la angustia, enraizados en el dolor...

Después habló el poeta español sobre el poeta sin nación, el Poeta, como antítesis de sabio, de maestro, de orador, de leader... Poeta es igual a Poeta y nada más: ecuación reversible, equivalente, eterna. Pero es necesario que la pura esencia del poeta esté dentro

de un Hombre, y del Hombre habló largamente este poeta. Del Hombre que ha de venir a redimir nuestra culpa de tranvías y tornillos, nuestra ausencia de amor, y al que se espera como a un Mesías. «Cada Hombre un Cristo», cada hombre un hombre! Nuestro siglo loco de calendarios y monedas ha perdido su humanidad. El soplo vivo agoniza en un cocktail, el mundo se mueve incesante y el hombre que ya carece de movimiento propio, apenas obedece a la inercia exterior. León Felipe hablaba de este hombre—que también somos nosotros—como de un espantoso, inmenso, ciego reloj, que marchara con maravillosa precisión, con horrible exactitud. Muerto... muerto... Ese es el siglo actual, lleno de seres con los ojos abiertos que no ven. Ojos que no necesitan una gota de asfalto que les transparente el mundo y un grito de estopa ardiendo en la garganta... «Cada Hombre un Cristo», para el siglo veinte, mil Cristos para el siglo veinte, cada hombre un Cristo para todos los siglos de los siglos...

Eso dice el Poeta: un hombre que no funcione, que viva.

Eso dice el Profeta: que ha de venir a salvarnos...

Y sembrada su profecía en el campo oscuro de la esperanza, se va a dejarlo en otras tierras, a dar a otros seres la buena nueva. Hay una estrella que guía su camino y su palabra. Y su canción se va con el viento. Viajero del viento, se queda su canción vibrando como un grito de cristal lleno de ecos...

Se ha ido ya León Felipe. Pero su voz poética de profeta ciego que no sabe cantar, como no saben cantar las olas, los pájaros ni el viento, se queda prendida en las cuatro esquinas de Chile, Chile que limita en cuatro lados con una canción...